

ÚRSULA

Úrsula caminaba rápido, intentaba no respirar pero si tenía que hacerlo lo hacía por la boca para no notar aquel olor. La calle apestaba a orina de perro y de hombre, a agua retenida, la acera estaba sucia, todo alrededor estaba sucio y Úrsula notaba como el olor se le pegaba en la ropa, en el calzado, en el pelo. Si lo pensaba mucho llegaba a vomitar, odiaba cada mañana, esa calle, ese olor, la casualidad de encontrarse todos los días con aquel tipo escuálido que, por casualidad, llevaba una flor que le habían dado en la floristería o que se había encontrado o que había cortado de sus plantas y se la entregaba a Úrsula con cara de enamorado correspondido y que Úrsula, con su asco crónico, rechazaba sin mirarle siquiera a la cara porque lo que menos quería era cruzar una palabra con aquel tipejo aunque, luego, a la vuelta recogiera la flor del suelo o del capó de algún coche y la metiera en el buzón de una vecina. Cuando llegaba a la plaza Úrsula cogía aire y se peinaba el pelo medio liso medio rizado, medio recogido medio suelto y se colocaba la ropa y entraba en la panadería a comprar pan y pagar, nunca lo justo, y esperar las vueltas como agua de mayo y despedirse hasta luego para sentarse después enfrente, a comer pan de pueblo que había comprado que no tenía nada de pueblo y menos de pan. Con el dedo hurgaba en la miga áspera mientras se desconchaba la corteza como la pintura de una casa vieja que se ha dado por perdida, como la corteza de un árbol muerto. Cuando se cansaba de comer pan Úrsula volvía a la panadería y compraba una magdalena, que eso sí que lo hacían bien, y la panadera con su delantal impoluto sin mancha de harina la miraba con esas pestañas interminables, mordiéndose el labio inferior como si darle una magdalena requiriera una concentración extrema, como si ese movimiento tuviera que ser perfecto. Luego Úrsula pagaba, siempre de más, y así las manos se juntaban y las pieles se erizaban y la panadera le devolvía diez, cinco, cincuenta céntimos y otra vez las pieles patas arriba y las manos intentando engancharse y las miradas encontrándose en un punto intermedio en el que se decían algo, todavía no sabía qué, pero algo. Ese era el único momento del día que Úrsula no pensaba que la vida era pura rutina y pura mierda. A veces su madre llamaba cuando estaba allí, entonces la panadera le hacía un gesto con la cabeza sin insistir y Úrsula dejaba el teléfono sonar, sin cogerlo, porque romper el mejor momento del día por hablar con su madre no tenía perdón; total, su madre no tenía cosas importantes que decirle. El espíritu de la golosina —la decía su madre— tan alta, tan delgada y tan encogida. Pura amargura, decía su madre. A quién habrás salido, se preguntaba, teniendo hijos, viviendo del aire y siempre tan avinagrada... Como si dos adolescentes por si solas dieran la felicidad y pintar y coser fuera vivir del aire, como si las rentas quitaran los dolores del reuma. Desde los catorce había oído a su madre decirle aquello, si no era por poder estudiar era por tener hijos, si no era por tener hijos era por las clases de teatro y luego, por el ingeniero que era un besugo pero ingeniero y estaba muy enamorado de Úrsulita como él la llamaba y la compró un piso en pleno centro que le quitó después, cuando Úrsula le dijo que no podían seguir como pareja no porque ella hubiera dejado

de quererle sino porque no le había querido nunca y había entrado en la crisis de los cuarenta aunque tuviera treinta y dos y no podía andar perdiendo el tiempo. Al ingeniero no le sirvieron las explicaciones y se enfadó para siempre pero que podía hacer Úrsula, no le iba a decir la verdad, que se estaba pudriendo por dentro y por fuera y que se le estaban gangrenando los órganos.

A veces en todo ese tiempo llegaba el fin de semana o el verano o alguna fiesta que hacía que Úrsula perdiera el hilo, se saliera de la rutina, hiciera otros planes; normalmente cuando eso pasaba no estaba más contenta, no se veía más feliz, si acaso menos, con cierta ansiedad de volver o de que volviera la calle pestilente, el acosador, la panadería. La panadería era el único refugio al que de verdad siempre tenía ganas de volver. Otras veces llovía a cántaros, entonces Úrsula retrasaba todo lo que podía la salida y se aventuraba, si quedaba poco del día, con su paraguas de cuadros y sus botas de agua rojas.

Un día pasó que nevió en Madrid, cuando en Madrid nieva se congela la ciudad o se congela el odio con que Úrsula la mira, entonces se siente más liviana e incluso parece que puede respirar. Ese día la panadera había dado a Úrsula por perdida pero cuando la vio entrar se le iluminaron los ojos y la piel. Úrsula pidió pan de pueblo y una magdalena. “¿Todo a la vez?” Preguntó la panadera. Todo, respondió Úrsula porque podía aguantar el frío y la lluvia comiendo en un banco pero hacerlo bajo la nieve ya era dar mucho que hablar y luego todo le llegaba a su madre: que si la niña pinta mujeres desnudas y tetas grandes, que si la niña come pan bajo la nieve, que si la niña está loca... Luego sacó la tarjeta de crédito para pagar. Debió ser que la panadera temió que nevara ya todos los días en Madrid. Te invito, dijo mientras salía del mostrador y daba a Úrsula un beso en la mejilla educado y con permiso y luego otro y luego otro beso en la mano. Úrsula le dio las gracias. “Puedes desayunar aquí, dentro, conmigo” Dijo la panadera... Sí, se congeló la ciudad.